

La grandeza de las pequeñas cosas, por José María Guelbenzu
(Babelia, 2006)

William Maxwell (1908-2000) fue un novelista y un editor ejemplar. De lo primero dan fe en español tanto este libro que comentamos como el único que hasta ahora existía (*Adiós, hasta mañana*). De lo segundo, bastará con decir que, como editor de *The New Yorker*, se ocupó de orientar y ayudar a escritores como Cheever, Welty, Salinger o Updike. Es, pues, un nombre relevante de la cultura literaria norteamericana del pasado siglo. Quien no tuvo ocasión o información para hacerse con su anterior novela, una joya, no debe perder ésta de ninguna manera.

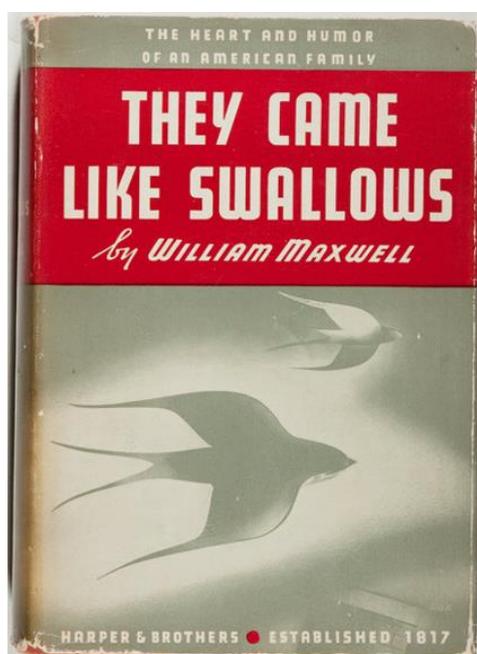
El libro cuenta un episodio en la vida de una familia del Medio Oeste en el año de 1918, año en el que termina la Primera Guerra Mundial y la epidemia de gripe española llega a Estados Unidos. Está dividido en tres partes, cada una de las cuales se cuenta desde el punto de vista de un personaje. Los personajes son: Bunny, un niño de ocho años; su hermano Robert, de trece, y el padre de ambos, James Morison. El eje de sus vidas -y de la novela- es la madre, Elizabeth, y también aparecen otros parientes muy cercanos (tíos, abuela...) que completan el escenario humano de este pequeño drama familiar. La gripe española afecta a los cuatro miembros de la familia Morison; en el caso de la madre, es mortal; la muerte de la madre, que antes da a luz a un bebé, es el arma con la que el destino golpea a los desvalidos Morison. Lo que cuenta William Maxwell es el hueco emocional y vital que la ausencia de la madre deja en la vida y la concepción del mundo de los otros tres.

Eso es lo que cuenta en cuanto a la anécdota. Lo que en verdad cuenta es mucho más y lo hace maravillosamente. Cada una de las tres partes adopta el punto de vista de los tres hombres de



Tertulias Literarias

la familia. En el caso de Bunny, su mundo afectivo se manifiesta a través de su mirada y de su pensamiento; ambos construyen con el mayor acierto la visión infantil del personaje. Del mismo modo, la mirada de Robert se construye sobre la imagen de su actitud que lo empuja a considerarse mayor, a empezar a comprender que el mundo ha de ganárselo uno y, al tiempo, todavía le retiene en el apego muy fuerte al entorno familiar. La imagen que Maxwell utilizará es la del chico empezando a sentirse responsable ante su madre (para protegerla) y ante su hermano pequeño (para empezar a ayudarlo). El padre, tercera mirada, es un ser que ha puesto todo su mundo diario y familiar en manos de su esposa y, de pronto, siente que le falta el suelo bajo los pies. La muerte de la madre y la última imagen de desvalimiento de ese bebé recién nacido completan el cuadro. Es un cambio decisivo en esas vidas.



El extraordinario relato de lo cotidiano, el modo en que el tiempo pesa sobre los días de esta familia, la delicada y atentísima selección de actitudes y gestos, todo apoyado en elementos mínimos que Maxwell convierte en máximos expresivos (por ejemplo, el momento en que Robert percibe el silencio que acompaña a la epidemia), son la pieza de convicción de este relato. También debería decir emocionante, pero no sin antes hacer una advertencia: aquí no hay nostalgia o patetismo a la hora de contar; muy al contrario: la ejemplar sencillez y desnudamiento del relato le impiden caer en el sentimentalismo. Maxwell despoja esta historia de toda emocionalidad fácil y se dirige al verdadero centro de las emociones, el fuerte, el intenso, el que no necesita aspavientos ni sacudidas; lo suyo es el paso a paso adelante y el modo en que hace que las pequeñas cosas contengan grandes asuntos para que el lector los vaya

reconociendo e interiorizando. Ese paso del padre abrumado por la ausencia de la esposa y encerrado en sí mismo para apartarse de todo (incluidos los hijos) lo que no sea su dolor a la conciencia de que ha de seguir (con los hijos) está mostrado de manera magistral; o la paulatina concienciación de Robert de que el problema de hacerse mayor es saber responder al hecho de ser mayor; o la captación del modo de ser y respirar de los personajes secundarios, lo que a su vez constituye el ambiente social de fondo de todas estas personas...

El tono suave, tranquilo, discreto y preciso de esta escritura serena y, a la vez, tan poderosa lo definiría mejor que nada esta imagen que, al expandirse en la imaginación del lector, deja entrever el punto en que se halla la relación madre-hijo entre el pequeño Bunny y Elizabeth: "Ahora, sentado a su lado en el banco de la ventana, Bunny también dependía de ella. Todas las líneas y superficies de la habitación se inclinaban hacia su madre, de modo que cuando miraba el dibujo de la alfombra lo veía necesariamente en relación con la punta del zapato de ella". En fin, escucharemos a lo largo del relato la voz de las pequeñas cosas y de los pequeños momentos



Tertulias Literarias

tanto como la voz de los personajes narrados; la suma de todo es un libro verdaderamente hermoso que muestra lo que es la escritura en un grado de sabia belleza al que no estamos acostumbrados. Ojalá que Asteroide lo siga publicando, pero, de momento, busquen estos dos libros. Por cierto, el primero, el mencionado *Adiós, hasta mañana*, recibió el prestigioso American Book Award en 1980.

Fonte: <http://www.librosdelasteroide.com/-la-grandeza-de-las-pequenas-cosas>

Vinieron como golondrinas

Por Ignacio P. Midore (La Opinión de Granada, 2007)

En medio del diluvio de novedades supuestamente imprescindibles que hay que leer al son de las modas, la editorial [Libros del Asteroide](#), un proyecto independiente nacido hace ahora dos años, nos invita a «escapar de las órbitas más transitadas y servir de guía a quien quiera atreverse a otear el firmamento literario por su cuenta en busca de verdaderas estrellas». Su catálogo, una inteligente mezcla de valentía y buen olfato, ofrece una esmerada selección de la mejor literatura de los últimos 60 años -en su mayoría libros inéditos en nuestra lengua o hace tiempo descatalogados-, lo que devuelve al lector su faceta de descubridor'. *Vinieron como golondrinas*, del que fuera durante más de cuatro décadas editor literario de la reputada revista *The New Yorker*, William Maxwell (1908-2000), es uno de sus títulos publicados.



An American family in 1918
GETTY IMAGES

Basada en un episodio que pertenece a la propia biografía del autor, la novela cuenta el devenir cotidiano de los Morison, una familia de clase media de una pequeña ciudad del Medio Oeste norteamericano, durante la epidemia de gripe que asoló Estados Unidos a finales de los años 20 del pasado siglo. Contada linealmente, la obra se estructura sobre tres bloques narrativos que



Tertulias Literarias

constituyen sendas miradas, superpuestas y complementarias, sobre la figura de la madre, personaje unificador que aglutina las relaciones de todos y es el eje central de la trama.

La primera parte, escrita desde la perspectiva de Bunny, el hijo pequeño de ocho años (un trasunto del niño que Maxwell fue), se inicia con un soberbio primer capítulo tan perfectamente elaborado, equilibrado e intenso que es por sí mismo un cuento sobre el amor materno-filial.

A través de Bunny percibimos los ruidos de la casa -la lluvia goteando desde el tejado, el diálogo de los relojes desacompasados, los pasos del hermano recién levantado-, las canciones infantiles, las palabras desconocidas, las conversaciones de los mayores: un espacio construido sobre tantos pequeños detalles que nos revela de modo sutil un universo minimalista que sólo la sensibilidad de un niño parece capaz de registrar. Y en el centro de ese universo, como un sol irradiante de ternura y seguridad, se erige la figura de la madre, Elizabeth, presencia hecha de gestos y miradas, del sonido de su voz o del movimiento de las manos.

La mirada de Robert, el mayor de trece años en la frontera entre la infancia y la adolescencia, compone la segunda parte. Marcado por su impedimento (perdió una pierna en un accidente), Robert parece empeñado en querer demostrar en todo momento su independencia emocional y su autonomía física. Su mundo, mucho más rudo que el del hermano, está hecho de partidos de fútbol, de tareas domésticas que exijan esfuerzo o de las afinidades con su padre. Sin embargo, su insensibilidad, afán de competitividad y brutalidad incluso, no son más que una fachada, pues, cuando Robert sube al tejado para observar la vida desde arriba, descubrimos una personalidad oculta. Como si observáramos el envés de un tapiz, desde su atalaya-refugio, apartado de todos, el muchacho desvela entonces sus necesidades afectivas, su actitud protectora hacia la madre, su interés por el mundo de los mayores y, en un pasaje absolutamente espléndido, sus fantasías de recuperación, ensoñación que Robert teje y desteje, quitando y añadiendo detalles, como un artista ilusionado que espera ver terminada su obra.

En la última parte, la novela nos coloca tras el prisma del padre, James. Aturdido por el golpe que supone la muerte de la esposa, asistimos a la descripción de su inmenso dolor y al infinito vacío de la ausencia. En un magistral y breve capítulo que nos hace sentir toda su desolación y todo su desamparo -como hiciera Bunny, escondido entre la ventana y los visillos, y Robert, aislado en las alturas del tejado-, James Morison se oculta en la noche helada, bajo la nieve persistente, y recorre las calles aledañas a la casa buscando las motivaciones que le permitan seguir adelante.

Entre el plácido discurrir familiar y el sobresalto de la enfermedad y la muerte, William Maxwell edifica una exquisita novela que nos adentra en el territorio de las emociones y los sentimientos esquivando con pulso sublime los escollos de lo lacrimógeno y la sensiblería ramplona.



Tertulias Literarias

Como una nota musical que quedara vibrando en el aire hasta desvanecerse, *Vinieron como golondrinas*, una sobrecogedora joya literaria escrita sin alharacas, pertenece a ese tipo de libros que leemos como suspendidos en el tiempo y el espacio, sin siquiera hacer ruido al pasar las páginas, como si temiéramos romper el frágil equilibrio en que se sostiene y nuestra sola presencia pudiera quebrar su emocionante levedad.

Fonte: <http://www.librosdelasteroide.com/-vinieron-como-golondrinas-por>

William Maxwell, por Antonio Lozano (Go Mag, 2006)



Vinieron como golondrinas, novela escrita con lágrimas en los ojos al inspirarse en la muerte prematura de la madre de William Maxwell, es la máxima expresión de una humildad y sencillez literarias embriagadoras por venir de alguien que fue el editor de los más grandes al entender que, en primer lugar, su propia prosa debería responder a su ideal de escritura, a ese "ser tan natural como respirar y, siempre que sea posible, desligada de su autor".

Prefacio: Frente a un autor que ha recabado elogios de los dioses del olimpo de las letras norteamericanas vivas y muertas de todo el siglo XX, cuyo trabajos o bien perfeccionó como editor de ficción de *The New Yorker* (y hablamos, ojo, de Cheever, Salinger o Updike) o bien inspiró, el articulista debe desaparecer y ceder la palabra. Si acaso, apuntar apenas que sus relatos y novelas son camisas a medida, impecablemente planchadas, que uno se pone y al mirarse al espejo se siente con ellas extrañamente más sabio, incluso mejor persona (Richard Bausch habla de "gracia" al leerle, Charles Baxter de "generosidad"). Dejarse acunar por su voz precisa y diáfana es escuchar a alguien que parece haber conocido los más diminutos recovecos del alma humana, estar de vuelta del arco completo de los matices sentimentales, decidido a compartírselos con una falta de pretensiones y de ruido que le hacen rozar involuntariamente la perfección.

Un ejemplo de lo dicho: "La verdad es que Lymie nunca había deseado morir, en ningún momento. La verdad no tenía nada de la sencillez ni de la claridad que ella se pensaba. Se enmascara tras contradicciones y paradojas, es más fácil acceder a ella a través de una mentira que por medio de un testimonio honesto. Si se la persigue, la verdad se bate en retirada,



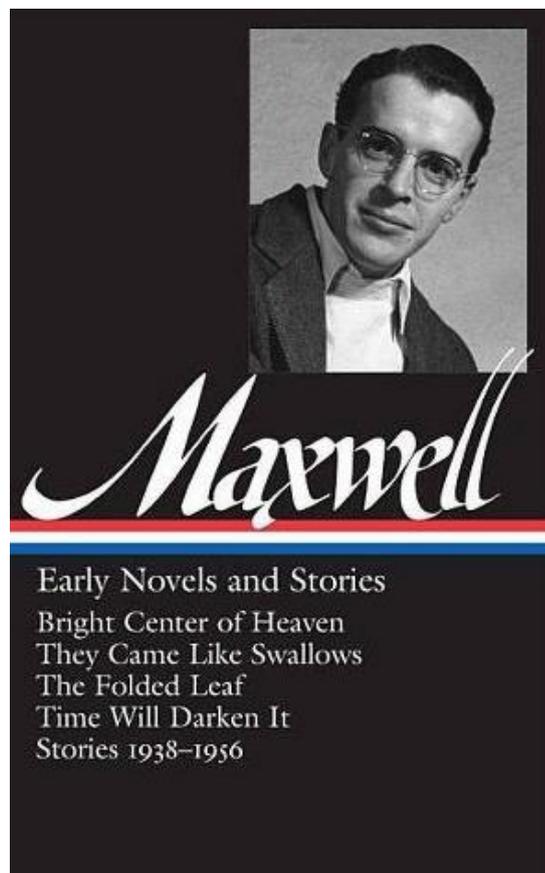
Tertulias Literarias

encadena un rostro falso tras otro y, finalmente, se mete bajo tierra, donde solo puede ser alcanzada en la absurdidad compleja y agonizante de los sueños" (The Folded Leaf).

Maxwell por Maxwell:

1) " (A los veinticinco años) no sabía que tres cuartas partes del material que iba a necesitar para el resto de mi vida como escritor ya estaban a mi disposición. Mi padre y mi madre. Mis hermanos. El reparto de personajes - tías afectuosas, amigos de la familia, vecinos blancos y negros- más grandes que la vida a los que había sido introducido al ser traído a este mundo. La climatología. Hombres y mujeres que llevaban reposando mucho tiempo en el cementerio, pero que eran vívidamente recordados. La Historia Natural de Mi Hogar (...) Todo estaba ahí, esperando a que aprendiera el oficio y fuera así capaz de reconocer, de forma instintiva, qué daría para un relato y qué aguantaría el complejo entrecruzado de ficciones más largas".

2) Sobre a lo que puede aspirar un escritor: "No a la vida, por supuesto, no a la vida auténtica, no a los niños o a las rosas, solo a un facsímil llamado literatura. Para llegar a este facsímil el escritor tiene, más o menos, que renunciar a sus derechos de nacimiento respecto a la realidad, cuando resulta que pocos son los que tienen una idea más precisa acerca de lo que es, de sus recompensas y satisfacciones, o sobre lo que hacer con un día entero por delante. ¿Qué hay en ella para él? ¿La esperanza de la inmortalidad? Las posibilidades son demasiado escasas como para interesar a una persona sensata. ¿Dinero? Bueno, el dinero ya no es ni siquiera dinero. ¿La fama? Para los jóvenes, que se sienten en un peligro constante de ser ignorados, de que no se le preste atención en las fiestas, quizás, pero nadie con más de cuarenta años y que esté en sus cabales desearía ser famoso. Interferiría con su trabajo, con su vida familiar. ¿Por qué entonces la exitosa manipulación de emociones lo debería ser todo para un escritor? ¿Para qué preocuparse en inventarse cuentos y novelas? Si le preguntas al respecto, probablemente obtendrás un buen número de respuestas, ninguna de ellas clara. Sería lo mismo que interrogar a un marinero sobre los motivos que le han llevado a pasar su vida en el mar" (Conferencia "The Writer as Illusionist")





Tertulias Literarias

Maxwell por otros:

"De forma que así es como debería ser. Pensé: si simplemente pudiera volver atrás y reescribir cada una de las líneas que he escrito (...) imbuyéndome de su espíritu" (Alice Munro)

"La literatura era la religión de Bill" (Benjamin Cheever)

"Parecía creer que cualquier personaje, ya fuera bondadoso o malvado, merecía ser tratado con respeto (...) Nunca dijo o escribió una frase meramente para generar un determinado efecto" (Charles Baxter)

Posfacio: Leer Adiós, hasta mañana (reeditada por Siruela) o la recién traducida por vez primera Volvieron como golondrinas (Libros del Asteroide) sería un deber moral si la literatura tuviera algo que ver con el deber y con la moral. Pero como esta es solo una pasión inútil, hacerlo deviene nomás que un regalo.

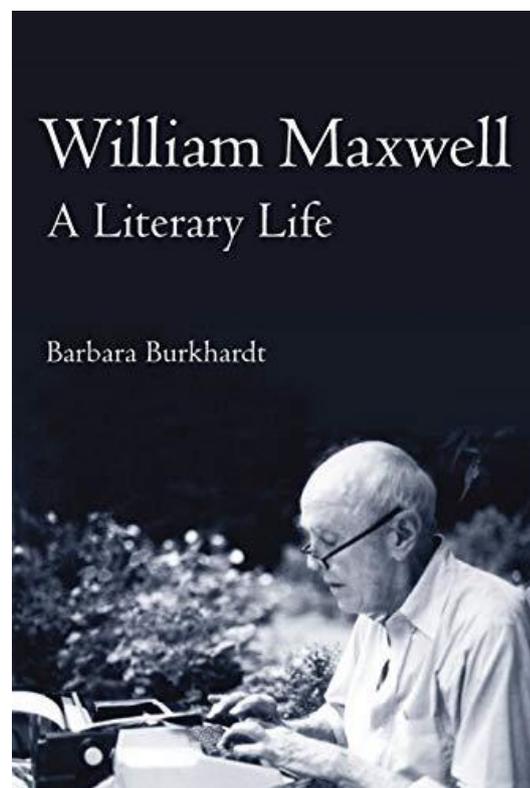
Fonte: <http://www.librosdelasteroide.com/-william-maxwell-por-antonio-lozano>

Las piedras flotantes

Por Fernando Krapp (Página 12, 2014)

William Maxwell perteneció a una clase de editores que hoy son especies raras de encontrar. Esos tipos que se metían en la cocina de la escritura y se amistaban con sus escritores que, más allá de una relación de interés y de cordialidad mediada por la fantasía comercial y el hambre de batacazo, mantenían un compromiso ético y estético con el material literario que intervenían. Con su alta cultura, su saber refinado y su aire provinciano, Maxwell se recibió en Harvard y se unió a esa extraña cofradía de editores (entre los que se pueden mencionar a Harold W. Ross, William Shawn, en Estados Unidos, y más para acá, Jorge Alvarez o José Bianco) escalando en The New Yorker hasta convertirse en la estrella. Sus marcaciones se hicieron leer en los manuscritos de algunos "nenes" como John Cheever, J. D. Salinger, John Updike, Flannery O'Connor o Eudora Welty.

Su fama de buen editor se hizo notar con rapidez; muchos remarcaban que tenía un buen tacto para decir lo que no





Tertulias Literarias

le gustaba pero con clase y que su perseverancia en trabajar en función de la literatura y no del ego del autor era sorprendente. Pero también la admiración y el respeto eran porque Maxwell, cuando opinaba sobre los manuscritos, sabía; sabía de escritura, sabía sobre lo que significaba escribir un libro, más allá de editarlo para mejorar sus ventas o su estructura. Maxwell también escribía y a la par que editaba, estaba creando una obra personal, una manera de releer la novela decimonónica y, en especial, el realismo ruso tomando como punto de referencia en esta relectura a Henry James. Libros del Asteroide publicó en español su novela más conocida y famosa (por la que obtuvo el codiciado National Book Awards en 1980) *Adiós, hasta mañana*, que junto a *La hoja plegada* y *Vinieron como golondrinas* funcionan como una trilogía oblicua con un fuerte anclaje autobiográfico.



Eudora Welty & William Maxwell

Esta última es en rigor la que da un inicio a las tres; narra la historia de la muerte de una madre desde el punto de vista de sus dos hijos y su marido. Dividida en tres partes, con una voz limpia heredada del realismo de Turgueniev, en especial de *Padres e hijos*, *Vinieron como golondrinas* se centra en la muerte de Elizabeth por una peste que asoló a los Estados Unidos. Esa muerte, sutilmente contada durante toda la novela, ondula y modula de un punto de vista a otro sin caer en la primera persona. En un principio, Bunny, su hijo menor, observa a su madre con devoción, como si su madre fuera un ángel inalcanzable e indestructible. Cuando la guerra con Alemania termina, la narración cambia de punto de vista; narra la historia el hijo mayor, quien tiene que enfrentar la enfermedad de su madre y las largas noches asoladas por la fiebre y la peste. Robert siente una fuerte responsabilidad por su madre a quien debe cuidar. Finalmente, para su marido, James Morison, Elizabeth es el sostén de una familia que sin su presencia genera un efecto erosivo en la estructura familiar hasta su disolución.

Chejov solía llamar “catarsis diluida” a los finales dramáticos de sus obras de teatro; el clímax nunca llegaba, pero por debajo los personajes terminaban aceptando el destino con resignación mientras su vida cotidiana avanzaba patética sin augurar algún final posible. Del mismo modo, Maxwell señaló que su novela debía ser leída de la siguiente manera: “Si uno tira una piedrita a un estanque, se crea un círculo concéntrico. Y si tira una segunda piedra, se crea otro círculo expansivo dentro del primero. Con una tercera piedra, habrá tres círculos expansivos antes de que el estanque recupere su quietud gracias a la fuerza de la gravedad. Yo quería que mi novela fuera así”. Probablemente, Maxwell al definir la forma de su novela (piedras que caen sobre el



Tertulias Literarias

agua y generan círculos parecidos a las ondas silenciosas que simulan sonidos), haya pensado también en las intenciones de quienes perdidos en sus cavilaciones arrojan las piedras para ver cómo desaparecen dentro de una masa de agua, cuando las fuerzas de un hecho externo arrasan con las voluntades de una familia y hacen que se enfrenten impávidos y tristes a decisiones indeseadas.

Fonte: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-5231-2014-01-26.html>

Libros de William Maxwell nas bibliotecas municipais de Oleiros



William Maxwell
Adiós, hasta mañana
Traducción de Gabriela Bustelo



William Maxwell
La hoja plegada
Traducción de Miguel Temprano García



William Maxwell
Vinieron como golondrinas
Prólogo de Edmundo Paz Soldán



Para saber máis:

[Vinieron como golondrinas: William Maxwell, el punto cardinal](#)

[Reseña Revista "Solo de Libros"](#)

[Reseña de Julian Barnes en The Times \(UK\) \[en inglés\]](#)

*O copyright das imaxes utilizadas pertence aos/ás seus/súas respectivos/as autores/as

